

PRENSA



TEATROESPAÑOL

1 – 25 nov
SALA PRINCIPAL



TEMPORADA 2018/19

Los cuerpos perdidos

de
José Manuel Mora
Dirección
Carlota Ferrer

Con:
Carlos Beluga
Julia de Castro
Conchi Espejo
Verónica Forqué
David Picazo

Paula Ruiz
Cristóbal Suárez
Jorge Suquet
José Luis Torrijo
Guillermo Weickert



Una producción del **TEATRO ESPAÑOL**
Ciclo «TEATRO CALDERÓN DE VALLADOLID»

teatroespanol.es



MADRID

Los cuerpos perdidos

La poesía es un arma de doble filo en escena. Te la juegas a la carta de la sensibilidad individual: quien entre en la propuesta, saldrá traspasado; quien no, podrá elegir entre una interesante gama de sentimientos negativos hacia el producto artístico. Afortunadamente para mí, 'Los cuerpos perdidos' me cuenta entre el primer grupo. Carlota Ferrer ha configurado dos horas de acontecimientos sobre el escenario del Español, eventos que, con perspectiva, cuentan una historia cruda, inverosímil a nuestros ojos privilegiados, imbricada en un ambiente de ensueño igualmente insólito.

Porque, más allá del tema, este espectáculo es una concatenación de pequeños experimentos performativos, que son los responsables de una atmósfera tan arisca como hipnótica. Esta estética de lo imprevisible, lo árido, un poco antipática por hipster y otro poco por evidente, acaba siendo tan tenaz, tan sólida, tan coherente en su deconstrucción y en su hibridación con lo dramático, que la jugada ha salido redonda. Ni una tos en el patio de butacas y mucha gente joven: había aquel día más de una sensibilidad traspasada menor de 35 años.

Guillermo Weickert era el responsable de las increíbles coreografías de 'Garage', de Voadora, y aquí es una presencia con gravidez, inexcusable; Julia de Castro parece no tener límites actuando o cantando; ¡y cuánto más puede hacer Verónica Forqué, qué registro tan personal, pero tan novedoso, nos regala en esta función! Puedo seguir uno a uno, pero el elenco destaca por lo compacto, lo entregado, su vibración en escena. No hay fisuras en su defensa de 'Los cuerpos perdidos'.

Entiendo, no obstante, qué puede haberles ocurrido a los que no engancharon con la poesía escénica de Carlota Ferrer en este montaje. Alguien podría etiquetarlo desde la desmesura, o desde lo gratuito. Es una pieza delicada y si las energías no se alinean en función, todo sobra. Como casi todos los versos de la historia de la poesía, pero es que están para eso. Es hermoso cuando los experimentos salen bien.

Dirección: Carlota Ferrer. Texto: José Manuel Mora. Reparto: Carlos Beluga, Julia de Castro, Conchi Espejo, Verónica Forqué, David Picazo, Paula Ruiz, Cristóbal Suárez, Jorge Suquet, José Luis Torrijo, Guillermo Weickert.

Por Pilar G. Almansa

Publicado martes 13 noviembre 2018



En ‘Los cuerpos perdidos’ Carlota Ferrer borda un teatro expresionista sobre el Mal absoluto.

Celebrando la vida para no olvidar la muerte

Por **Carlos Loureda** 15/11/2018

Sólo el talento de una de las parejas más creativas de nuestro teatro actual se podía lanzar a esta delicada aventura: **Carlota Ferrer** en la dirección de escena gracias a la escritura teatral de **José Manuel Mora**. El teatro no ha dejado de llevar al escenario conceptos absolutos: el engaño, la vanidad, el egoísmo y, sobre todo, el amor. Pero pocos se han atrevido con la maldad, la arruga más oscura del alma, una visibilidad muy complicada de mostrar, más aún cuando se convierte en perversión humana y disfruta de su condición.

Y quizás sea ésa una de las principales virtudes de *Los cuerpos perdidos*, que estará hasta el 25 de noviembre en el **Teatro Español**, no contentarse con repetir fórmulas de éxitos pasados e invitarnos, siempre, a compartir el riesgo y la imaginación de sus nuevas propuestas.

Abordar lo ocurrido en Ciudad Juárez sobrepasa lo imaginable. Desde el primer caso de feminicidio documentado, **Alma Chavira Farel**, una niña de 13 años, cuyo cuerpo fue hallado el 23 de enero de 1993, tras ser atacada sexualmente y estrangulada, han transcurrido más de 25 años. En este lapso de tiempo las cifras del INEGI, la Fiscalía General de Chihuahua y otras bases de datos, suman casi 2.000 mujeres víctimas de feminicidio en Ciudad Juárez y el Valle de Juárez. Cuando se observa la cartografía digital www.ellastienennombre.org, creada por **Ivonne Ramírez Ramírez**, activista juarense, en el que se muestra donde fueron asesinadas o halladas las víctimas de feminicidio desde 1993, el aliento se corta y la sangre se hiela. La opción del dramaturgo ha sido la recrear con su escritura alguna de esas localizaciones, sus circunstancias y protagonistas, para que no se conviertan en otro punto rojo más en este mapa del olvido. Esbozos,

rastros, impresiones de vida de víctimas, de asesinos, familiares y parte del entramado social que ha permitido que esta masacre continúe 25 años después. Y, ante todo, para que no sea 'el desierto, lo único que nos sobreviva'.

Carlota Ferrer propone, desde el inicio de la obra, el efecto de distanciamiento teatral de **Bertolt Brecht**: uno de los actores se dirige directamente al público para explicar su traslado de Madrid, por motivos sentimentales y de trabajo, dirección la universidad de Ciudad Juárez.

Allí, transformado por su encuentro con el decano y el judicial del lugar, perderá su inocencia y entrará en la espiral de barbarie, incitada y protegida por la impunidad de las autoridades locales. Forma de alejar del mundo ilusorio del teatro a un público, curado de espanto por la acumulación de noticias e imágenes, y convertirle en testigo presencial.

La opción dramaturgica de **José Manuel Mora** es de un respeto y una contención, digna de elogio, y la puesta en escena de **Carlota Ferrer** huye del sensacionalismo y del voyerismo (actitudes normalmente empleadas en cuanto se pronuncia el nombre de Ciudad Juárez). Apuesta no exenta de riesgo que cautiva a un público mayoritario y descoloca a una parte del mismo.



Los cuerpos perdidos es casi como el cuadro *Lo que el agua me dio*, de **Krida Kahlo**. Pura poesía visual, a través de escenas que recrean amores, ilusiones, esperanzas y su parte más trágica, violencia machista, tensiones sociales, llantos y clamores de desesperación. Con momentos hipnóticos como ese particular manera de estar más cerca de las estrellas, aunque sea a fuerza de subir a un vertedero, los perros de la noche invadiendo nuestros sueños, ese trío de lavadoras para limpiar nuestras faltas... o el momento sublime que interpreta Verónica Forqué, un monólogo de altísima calidad (habitual en **José Manuel Mora**, que reina en este formato) sobre el precio de la vida de un hijo.

¿Quién nos iba a decir que la reactualización del *Teatro de la Muerte*, del artista polaco **Tadeusz Kantor**, o el de la *Crueldad*, del francés **Antonin Artaud**, iban a venir de la mano de **Carlota Ferrer y Juan Manuel Mora**? El vestuario pone en evidencia, y expone, los órganos masculinos de los feminicidas, como **Tadeusz Kantor** lo hizo en *Wielopole, Los usurpadores de la muerte*. Las armas se exponen con la misma falta de respeto que los cuerpos de las víctimas, pero en esta actualización del terror, ya no existe el blanco y negro, todo es en multicolor, cromatismos chillones y desgarrados, porque los asesinos no ocultan sus crímenes. Todo lo contrario, los festejan, sabiéndose a salvo por un sistema que los protege.

Carlota Ferrer y Juan Manuel Mora es de lo más excitante que existe hoy en día en la escena contemporánea española y el público lo sabe. Según parece tienen en mente lanzarse a un montaje sobre una obra de Ibsen, lo que promete convertirse en cita imprescindible de la próxima temporada, por el momento, su última obra está en el Teatro Español a disposición del público hasta el 25 de noviembre.

Los cuerpos perdidos es un intenso, sincero y comprometido momento mágico teatral. Música, performances, bailes, o esa inquietante interpretación final de *La llorona*, en un espectáculo que osa presentar algo que todos quisiésemos que nunca hubiese ocurrido. Una celebración de la vida para que la muerte no quede en el olvido.

Título original: Los cuerpos perdidos. Dirección: Carlota Ferrer. Dramaturgia: José Manuel Mora. Reparto: Carlos Beluga, Julia de Castro, Conchi Espejo, Verónica Forqué, David Picazo, Paula Ruiz, Cristóbal Suárez, Jorge Suquet, José Luis Torrijo y Guillermo Weickert. Duración: 120 min. Teatro Español, del 1 al 25 de noviembre de 2018.

<https://www.fotogramas.es/noticias-cine/a25128831/cuerpos-perdidos-carlota-ferrer-mora-feminicidio-ciudad-juarez-critica/>



Una escena de «Los cuerpos perdidos» - Teatro Español CRÍTICA DE TEATRO

«Los cuerpos perdidos»: el corazón del infierno

La obra de José Manuel Mora, dirigida por Carlota Ferrer, se presenta en el Teatro Español

Diego Doncel Actualizado:10/11/2018 03:08h

José Manuel Mora (1978) es uno de nuestros más destacados autores de teatro actuales. Hay en él una enorme capacidad de innovación y una ambición que se proyecta en cada una de sus obras. «**Los cuerpos perdidos**» es, en el fondo, un relato tradicional, pero su carácter fragmentario, sus grietas discursivas, su utilización del silencio hacen que lo percibamos de otra manera, como una especie de entropía escénica. Sin temer al riesgo, a la profundidad, ni a expresar lo real con toda su carga de violencia, de límite, de extrañeza, «Los cuerpos perdidos» nos habla de uno de **nuestros infiernos contemporáneos**, Ciudad Juárez, el infierno de la violación y asesinato de mujeres, el infierno del miedo. La historia de Rosa y Silvia Elena es la historia de cómo la maquinaria del poder puede actuar impunemente, de cómo juega con los sueños de estas chicas, con los cuerpos de estas chicas, con sus sentimientos hasta reducirlos a **meros juguetes sexuales** y dejarlas abandonadas con una bala en la cabeza. Es, por tanto, el relato de una locura extrema y de un terror extremo, no ajeno a una indudable dimensión política.

Mora crea una obra sin concesiones que es un golpe en la boca del estómago del espectador. Y lo es porque **apela a nuestro silencio cómplice**, nuestra relación con el mal, nuestra moralidad con dobleces.

El trabajo de dirección y dramaturgia de **Carlota Ferrer** y **José Manuel Mora** no dejará tampoco indiferente. Ferrer y Mora convierten la obra en una fiesta macabra, pop y muy mejicana, llena de rito y muerte. Añaden música, números coreográficos, someten a los actores a un intenso trabajo de interpretación, de gestualidad. Convierten el escenario en **un campo simbólico lleno de fuerza visual** y poesía. Esas lavadoras con los tambores iluminados en el escenario a oscuras donde se hace la colada obsesivamente de las ropas de las chicas muertas, esos animales humanos devorando el cadáver de una de ellas, la llegada, entre los gases neblinosos del vertedero, de la policía científica mientras zumban los insectos. La riqueza de recursos de Ferrer y Mora son, sin duda, de una **originalidad y riqueza imaginativas apabullantes**, tan pop-barrocos, negramente humorísticos y trágicos como la cultura que plasman. El micrófono situado en el centro de la escena invita a la confesión, pero el efecto que se crea es el de la sucesión de una serie de monólogos demasiado mecánicos, sin la fuerza de los diálogos que el texto original posee.

Sin prescindir de lo **melodramático**, de cierto patetismo, Mora sabe llevarnos al límite de esta realidad y denunciarla con palabras verdaderas.



[Mi reino por un caballo](#)

LOS CUERPOS PERDIDOS. Las voces multiplicadas



Tras una ruptura de pareja, un profesor español viaja a Ciudad Juárez donde comenzará una nueva vida dando clases de física en la universidad. Allí, se adentrará en el submundo del tráfico de mujeres y será testigo y cómplice de una estructura de poder corrompida moralmente en la que la vida de las mujeres de Juárez parece resultar insignificante. Este podría ser un intento de sinopsis de la obra **«Los cuerpos perdidos»** escrita por **José Manuel Mora** y dirigida por **Carlota Ferrer** que nosotros hemos podido ver en la sala grande del [Teatro Español](#).

Si uno quiere penetrar en los recovecos fascinantes, y ciertamente perturbadores, del paisanaje de Ciudad Juárez y sus crónicas más lumpen en torno a los asesinatos de mujeres solo tiene que acercarse a la obra del periodista/cronista mexicano **Sergio González Rodríguez**, «Huesos en el desierto». Es el sustrato de esta obra la que sirve de anclaje al autor José Manuel Mora para vertebrar su texto «Los cuerpos perdidos» que en el año 2009 se hacía con el **XVIII Premio SGAE de Teatro**.

El libro de González Rodríguez es absolutamente estremecedor. No hay concesiones y el espanto que nos devuelve sobre el crimen organizado en el estado de Chihuahua deja una sensación de pesadilla absoluta. Rotunda. La violencia y la impunidad de los verdugos están instaladas de un modo tan firme y estructurado que desazona. Sus peritajes sobre la marginalidad y los bajos fondos de Juárez sirvieron en su día al escritor **Roberto Bolaño** para levantar su mastodóntica novela «2666» que, al igual que «Los cuerpos perdidos» de Mora, se adentra en el asunto de los **feminicidios**.

Otra referencia que podríamos emparentar con la obra de Mora, por sus contenidos, es la obra teatral «Mujeres de arena» del escritor Mexicano **Humberto Robles**: una pieza de teatro documental escrita a modo de tributo a las mujeres asesinadas donde se enfatiza y privilegia el testimonio basado en casos reales. **El gran denominador común** que podemos observar tanto en «2666», «Mujeres de arena» y «Los cuerpos perdidos», obras por otro lado equidistantes, es la **constatación de que el infierno está en la tierra y que el realismo puede y debe convivir con lo asombroso o lo maravilloso** antes que con lo mágico.

El trabajo de Carlota Ferrer y José Manuel Mora nos ha fascinado. Esta pieza está **dotada de la dosis necesaria de enajenación, brutalidad, poética, y perplejidad**. Una **fábula eviscerada** y presentada a modo de **fiesta grotesca** donde la música, la coreografía y el color **no dejan de devolvernos todo el desgarró del dolor y la injusticia**.

Hay varios elementos que hacen de esta pieza **un relato enteramente disfrutable**.

Por un lado, **el texto. Nos resulta acertado**. Hilvanado desde lo discursivo, en muchos momentos consigue erigirse en **potente evocador con un repertorio en el que se mezclan, con tino, la voz de la denuncia, el dedo hurgante en la herida, así como la capacidad de exaltación de los nauseabundos ceremoniales de quienes detentan el poder** en una sociedad como la de Juárez: los hombres. El reflejo de **la opresión sobre lo femenino** es parte también de esa denuncia ineludible.

Recordemos, entre otras cosas, que el Código penal de Chihuahua determina que el violador de una mujer «recibirá una pena de tres a nueve años de prisión». En cambio, para los ladrones de ganado, el mismo código prevé una pena de seis a cuarenta años de cárcel. La vida de la mujer (su cuerpo, su historia, sus fronteras, sus sentimientos) vale nada en una sociedad que mira para otro lado y permite que la violencia se institucionalice de un modo tan recalcitrante. **Las operaciones sobre el cuerpo no basadas en lo biológico sino, antes bien, en lo económico**; esa idea *Foucaultiana* del cuerpo femenino relegado a **producto social, a mero recipiente, habitáculo desprovisto de cualquier ética para el poder, para los narcos, para los corruptos, para los que conducen los coches de lunas tintadas a través del desierto**. Los hombres como chacales capaces de soportar la doble vida: la del decano universitario padre de familia y la del decano violador y corrupto capaz de dejar el cuerpo de una adolescente en una acequia tras haberla violado hasta la muerte.

La mujer es, tantas veces, la presa domada, la sometida, la que vive excluida del espacio público y la que asume esa realidad más sórdida dentro de la sordidez. **La mujer, tantas veces, como ese pequeño arbusto del desierto mexicano que se ha**

acostumbrado a vivir a ras de suelo. Cientos de mujeres fueron violadas, salvajemente asesinadas en Juárez desde el principio de los 90, cuando se documenta el primer feminicidio: el caso de **Alma Chavira Farel**, cuyo cuerpo fue hallado el 23 de enero de 1993, tras ser atacada sexualmente y estrangulada.

Hay, en la obra, incluso una mirada que podría analizarse desde el colonialismo, desde la superioridad del español sobre el criollo (aunque el estado de Chihuahua nunca estuvo muy pendiente de su independencia porque siempre se sintió bastante autónomo). En cualquier caso, ¿no es un terrible ejemplo de acto de colonización, de apropiación, el de someter el deseo de un hombre sobre el cuerpo de una mujer que no lo desea?

No creemos que el punto central de «Los cuerpos perdidos» sea el de convertirse en alegato de la retórica feminista, ni siquiera en franco homenaje o tributo a las mujeres desaparecidas y asesinadas. Pensamos que **la fuerza de la obra reside, más bien, en su alejamiento consciente de un único foco, en su deliberada y acertada construcción como fábula inclemente; en parábola autoconscientemente lúdica y rediviva (que no frívola).** Parábola que es, tan solo, disfraz detrás del que se oculta el verdadero desgarramiento profundo: el de una realidad incontestable e insoportable.

Ceñirse a los hechos *en crudo* hubiera resultado en teatro documental. Incluso la obra «Mujeres de arena», apegada a los hechos, se sirve de la poesía para disociarse de una realidad tan penetrante que convertiría en agónica toda posibilidad de representación. Y **pese a no vertebrarse como ejercicio de reparación, la pieza sí logra entrar en la categoría de apelación a la conciencia para el patio de butacas.** No es posible salir de la sala sin llevarse una elocuente cantidad de imágenes, de escenas tan potentes que apabullan y azoran.

Si la violencia deshumaniza creemos que, aquí, Mora y Ferrer, son conscientes de esa deshumanización que ambos reutilizan sublimando cuanto pueden o cuanto una realidad tan intolerable les permite.

La música, las canciones, los bailes, nos consienten tomar oxígeno, coger aire en este apneico viaje al abismo. Seamos conscientes de que el dolor, el sufrimiento o lo amoral, discurren por el mismo riel que el gozo o la alegría. **No van por caminos diferentes ni se cruzan sino que circulan en paralelo.** Esa confluencia aparatosa es tan innegable como doliente. El padre que mata es el padre que acuna también a sus hijos antes de dormir. Es el padre que lleva a su hija a las playas de Michoacán, si es lo que su hija lo desea. Y el mismo que, unas horas antes, ha sido capaz de violar a una joven por sus tres orificios. **Esa es la realidad: un espacio en el que lo frívolo y lo elevado se interpelan.** He ahí la grandeza de esta obra magníficamente dirigida por Carlota Ferrer.

Aunque prescindamos de la verosimilitud, si la historia resulta efectiva y eficaz, en su **mezcla de drama, delirio y delectación**, no es solo por el texto o por la dirección sino por **un equilibradísimo reparto sostenido en estupendas interpretaciones y coreografías** (maravillosa, a propósito, la de los chacales intentando devorar a una mujer en el desierto, desarrollada a modo de danza contemporánea).

Nos quedamos, especialmente por su singularidad, con la interpretación de todos los personajes femeninos. Bien retratados en ese plano de lo fabular que nos pueden recordar, y mucho, a los personajes esquinados, *outsiders*, pero audaces de las obras de Voadora, de Liddell o de Rodrigo García.

La fuerza arrolladora de la actriz **Julia de Castro** nos hace recomendar esta pieza a cualquiera aunque solo sea por verla a ella y **su capacidad de jugar con la paradoja provocadora como un prestidigitador con unos naipes.** Por mucho que quiera alistarse en otros bandos, su paso por el *cupletismo* ha dejado en ella una huella indeleble que es también su marca de la casa. Podríamos verla en cualquier película de *Carlos Vermut* sin pestañear. En cualquier zarzuela contemporánea. En la obra nos acerca a **uno de los personajes más meritorios de la propuesta por su descaro, por su arrojo y su pertinencia en el conjunto.** Quizá sin esta actriz la pieza hubiese discurrido por otros derroteros. Maravillosos todos los momentos en que aparece, incluido un arrebatador final en el que camina por el escenario cantando, mientras remolca un pesado «bulto» a sus pies. **Todas las interpretaciones cuajan en esta mezcla singular, en este cuadro grotesco y deliberadamente hipertrofiado.** Espléndida también la aparición de **Verónica Forqué** en una suerte de altar salido de un sueño de Frida Kahlo.

Quizá, **la mayor pega del conjunto pasa por su abultado señalamiento de lo masculino como equivalente a violento, castrador, deshumanizante, incluyendo en este tentempié las relaciones homosexuales** (que podrían prestarse fácilmente a una equívoca interpretación casi homofóbica que haría equivaler homosexual con misoginia. Mucho cuidado con este exabrupto). **Es este punto, junto con un arranque bastante torpe, así como algunos excesos innecesarios,** (véase ese perro de peluche, el cactus o el chacal como elementos de atrezzo que no esbozan nada) **los que hacen que la pieza no se comporte como un producto del todo redondo.**

Con todo, **si no la tomamos como un «In memoriam» ni como una tesis sobre los feminicidios de Ciudad Juárez y sí como un ejercicio de sublimación autoconsciente de su miscelánea,** del sustrato del que germina como *revolutum* contemporáneo, de las embestidas de la maldad como un universal casi *Jungiano*, **la propuesta funciona muy bien.**

Ciudad Juárez, (en el estado de Chihuahua, esa Aridoamérica), como muchos han escrito, puede ser tomada también como un laboratorio del futuro, como un espacio en el que aproximarse a asuntos conectados con la maldad, la impunidad o la crueldad humanas. **«Los cuerpos perdidos» nos hace pensar en muchas cosas:** en que **la violencia es siempre hija de la violencia.** En que los chacales más peligrosos no son los que viven en el desierto sino los que conducen coches de lunas tintadas. En **que la impunidad es el verdadero mal a erradicar.** En **que los que vencen no siempre están vivos. Que los cuerpos pueden perderse, pero las voces multiplicarse.** En cualquier caso, **es bueno que nos haga pensar. Porque pensar, siempre, siempre es un antídoto contra la barbarie.**

La pesadilla de Ciudad Juárez en el Teatro Español

Carlota Ferrer estrena 'Los cuerpos perdidos', un texto que el dramaturgo José Manuel Mora escribió al volver de la ciudad mexicana y refleja la complejidad del drama de los feminicidios.- [Paloma Fidalgo](#) 12 de noviembre de 2018



Desierto, arena y piedras en las coordenadas donde el destino de las adolescentes Rosa y Silvia Elena se cruza con el de un profesor universitario español, que se ve atrapado en el macabro ecosistema que ya ha causado miles de feminicidios en Ciudad Juárez. “Sólo nos quedará el desierto”, lamenta uno de los personajes de esta trama. Las heridas abiertas, el vacío y la culpa se mastican en el ambiente de uno de los lugares más peligrosos de la tierra.

Carlota Ferrer, directora de escena (*Los nadadores nocturnos*, *Esto no es la casa de Bernarda Alba*), coreógrafa y actual codirectora del Corral de Comedias de Alcalá de Henares, sube al escenario del [Teatro Español](#) *Los cuerpos perdidos*, un texto del dramaturgo José Manuel Mora, colaborador habitual de la artista, que el autor escribió después de viajar a Ciudad Juárez en 2007. En él, se reflejan con crudeza y de forma onírica y fragmentada todas las piezas involucradas en el macabro puzzle de crímenes contra mujeres que desde hace años domina la ciudad mexicana, y en el que tienen sus implicaciones las élites, las familias, los silencios cómplices, las dificultades para investigar, las acusaciones en falso o la mala conciencia. Una espiral de brutalidad que se alía para mutilar los sueños y la inocencia de las adolescentes de la zona, que nacen con la batalla perdida.

Teatro y danza se hibridan, como es habitual en los montajes de Ferrer, para hacer corpórea esta pieza que contrasta la memoria individual y la colectiva, y que recibió en 2009 el XVIII premio de la Sociedad General de Autores y Editores de España (SGAE) en la modalidad teatro. Poesía visual y enrarecida, simbolismo, humor negro, mezcla de sonidos mexicanos, rock e indies, y un vestuario y escenografía coloristas para conformar una gran fiesta macabra con decenas de participantes, que arroja una narración angustiosa y sobrecogedora. La recreación de una pesadilla de la que aún no se despertó.

Dramaturgia: José Manuel Mora. **Dirección y coreografía:** Carlota Ferrer. **Intérpretes:** Carlos Beluga, Julia de Castro, Conchi Espejo, Verónica Forqué, David Picazo, Paula Ruiz, Cristóbal Suárez, Jorge Suquet, José Luis Torrijo, Guillermo Weickert. **Escenografía:** Mónica Boromello. **Iluminación:** David Picazo. **Vestuario:** Leandro Cano. **Diseño sonoro:** Sandra Vicente.

LOS CUERPOS PERDIDOS De José Manuel Mora

LOS CUERPOS PERDIDOS de José Manuel Mora con dirección de Carlota Ferrer, es una propuesta que indaga sobre los acontecimientos (y posibles causantes) que rodean los asesinatos, violaciones y desapariciones de mujeres en Ciudad Juárez, México. El feminicidio es un tema duro, que aunque extendido en mayor o menor medida por todo el planeta, tiene en Ciudad Juárez cifras espeluznantes, triste record, que representa una verdadera vergüenza para cualquier ser humano que se precie como tal.

Con ese punto de partida, se desarrolla una propuesta cuya base aparentemente debería ser dramática, dura, cruenta y despiadada. El planteamiento inicial nos propone analizar la acción desde distintos puntos de vista, mostrando diferentes voces de protagonistas implicad@s voluntaria o involuntariamente en los sucesos. Así, partiendo de una situación más o menos normaliza y con un protagonista que puede parecer, en principio, tan normal como cualquier otra persona (alguien que comparte nuestra forma de vida, educación y valores, etc.), seremos testigos de una transformación donde veremos el papel de las jóvenes víctimas embaucadas por personas de comportamiento amoroso y/o amistoso; el lado del machismo y la misoginia; el papel de las madres y otras mujeres; el papel de los cómplices ‘facilitadores’ de las desapariciones (familiares, terceras personas); la connivencia de estamentos, instituciones, etc.; la posible implicación de bandas organizadas, narcotraficantes, personas en puestos de poder, empresarios, fuerzas de seguridad, directivos, dirigentes, etc., y todo ello, **a través de una mezcla de recursos y formas de expresión teatral sustentadas en un proceso de experimentación donde todo tiene espacio, música, danza, teatro, performance, etc., dando como resultado una propuesta llena de luces y sombras, que destaca por su apuesta por la indagación e investigación y por una no tan efectiva puesta en escena.**

En la propuesta existe una mezcolanza de momentos puramente teatrales que corresponden con la historia principal, el feminicidio, con otros donde la música, las canciones, los momentos costumbristas, las alegorías, etc. son protagonistas. Es decir, escenas teatralizadas que parten de datos aparentemente documentados mezcladas con elementos simbólicos y oníricos no siempre justificados y coherentes con la trama principal, que ponen el foco en el carácter indefenso e ingenuo de las víctimas frente a la justificación del ansia de depredación de los asesinos como parte de su naturaleza, dando prevalencia a la idea del poder e impunidad del ejecutor, que mata por capricho como parte de una fiesta macabra, **perdiendo la oportunidad de realizar una auténtica denuncia** hacia los depredadores cobardes que utilizan la oscuridad y el engaño para satisfacer sus instintos más bajos.

Así pues, la parte aparentemente principal de la propuesta, dura, cruenta y despiadada, se mezcla con otros momentos más vistosos que producen un doble efecto: estos elementos basados en la **experimentación estética y visual** (música, vestuario, diálogos más o menos provocativos no siempre justificados, etc.), **crean un estado de ‘ligereza’ que hace perder parte de la profundidad y la conexión con la fuerza de algunas escenas realmente impactantes y duras** (el cuerpo en el desierto movido por los animales, canción de la maestra, los momentos de engaño de las niñas, etc.), por ello, queda la sensación de que, el mensaje se pierde en este envoltorio lleno de color, ritmo, ligera distensión y conexiones poco claras.

El elenco formado por: **Carlos Beluga, Julia de Castro, Conchi Espejo, Verónica Forqué, David Picazo, Paula Ruiz, Cristóbal Suárez, Jorge Suquet, José Luis Torrijo y Guillermo Weickert**, defienden sus personajes con pundonor, buenas interpretaciones y buena calidad vocal en los temas musicales, en un elenco que además de interpretar, canta, baila, toca diferentes instrumentos musicales, etc.

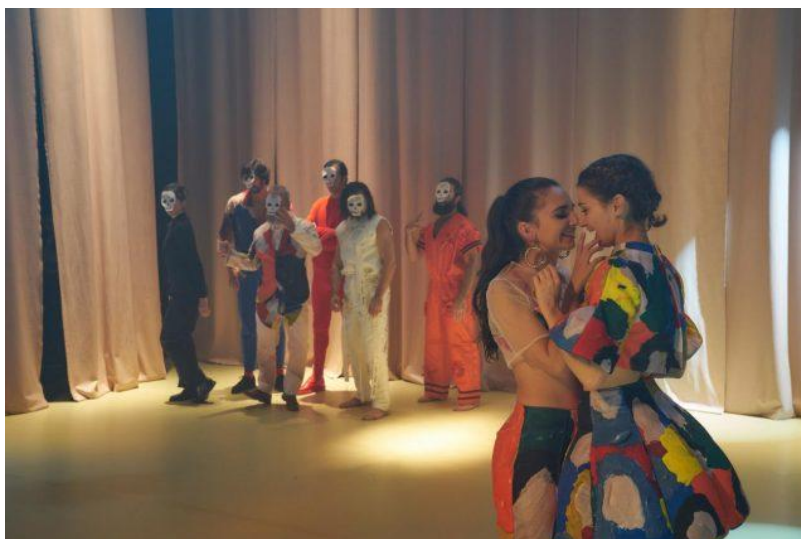
La propuesta tiene una duración aproximada de dos horas y se siente larga, sobre todo por el uso de estas **escenas más visuales y musicales** que envuelven la trama principal, ya que, por la forma en que se construyen y por la dinámica de sus personajes (definición, diálogos y forma de interactuar con el entorno), **aportan vistosidad e incluso cierto grado de provocación, que no siempre parece cohesionarse con la trama principal de la propuesta.** Esta dualidad plateada tendrá diferente valoración para cada espectador, ya que cada un@ sabrá lo que valora más al colocar en la balanza todos los elementos: **la clara apuesta por la experimentación y la búsqueda por incorporar diversas formas de expresión que permitan transmitir diferentes puntos de vista de forma original, frente a la pérdida de la intensidad dramática y del propio fondo de la propuesta por el uso, no siempre justificado (al menos para el espectador), de esta mezcolanza de escenas.**

Resumiendo, la propuesta dispone de algunas escenas excelentes tanto en su construcción, como interpretación y fondo, **pero se muestran en poco tiempo, el resto es envoltorio**, efectivamente un envoltorio vistoso formado por un conjunto de escenas excesivamente largas y de tono cuestionable, **en una propuesta que pierde la oportunidad de realizar una denuncia profunda poniendo su enfoque en una apuesta por la justificación más simplista**, sin embargo, cada un@ valorará si las escenas que realmente son excelentes compensan el resto de la propuesta.

Los cuerpos perdidos: el caso atroz de Ciudad Juárez en una manifestación artística imprescindible

8 noviembre 2018 | Por Ana Riera

Hablar de Ciudad Juárez, México, es hablar de mujeres. Es afrontar un tema atroz y vergonzoso, de los que hielan la sangre, de los que no dejan indiferente a nadie. Pero eso no desanimó al dramaturgo José Manuel Mora. Todo lo contrario. Para él fue un incentivo, un punto de partida para crear. Y decidió convertir todo el horror que se desprendía de los informes de Amnistía Internacional y de lo que él mismo iba averiguando a través de sus indagaciones y su experiencia, y también de la lectura de *Huesos en el desierto*, de Sergio González Rodríguez, en un espeluznante texto teatral, *Los cuerpos perdidos*, que puede verse en la sala principal del Teatro Español hasta el 25 de noviembre.



En los años noventa, en esa ciudad maldita, era posible violar, torturar y asesinar con total impunidad, sobre todo a niñas y jóvenes poco favorecidas a las que se engañaba con todo tipo de argucias y que acababan convertidas en meros objetos para el deleite de unos pocos. Como señala el propio autor, “para que unos cuerpos disfruten, otros tienen que desaparecer”. Ese es el punto de partida de esta pieza. Pero el autor no se para aquí, sino que se atreve a ir mucho más allá y abordar el tema de la maldad intrínseca al hombre, de esa faceta oscura que todos llevamos escondida en algún rincón. Solo así se explica que puedan ocurrir cosas como la que aquí se narra, de forma tan prolongada y a tan gran escala.

Para contrarrestar la dureza del texto y hacerlo más llevadero, se ha optado por un vestuario lleno de colorido y de lo más estrafalario: una nota de luz y desenfado entre tanta negrura. Además, se juega con la danza moderna, el canto y la música. Ver los cuerpos moviéndose de forma armoniosa mientras forman bellas simetrías ayuda a digerir la crudeza. Oír la animada música desenfadada saca al espectador, aunque sea solo por unos instantes, del agujero oscuro en el que le va sumiendo lo que ocurre sobre el escenario. Y escuchar las bellas voces de sirena ayuda a templar el alma. Por eso estas manifestaciones artísticas resultan acertadas e imprescindibles.

Sin embargo, quizás debido a la complejidad del tema o a querer abarcar demasiado, hay cosas de la trama que no acaban de entenderse. Como la extraña despedida sexual antes de la ruptura de la primera escena, o la facilidad y rapidez con la que el despedido se pasa al bando de los malos una vez en tierras mexicanas, o la sorprendente relación homosexual de éste, o el supuesto dilema ético que experimenta él mismo hacia el final de la obra, mientras lava la ropa de sus víctimas en un intento de expiar su culpa.

Aún así, la obra se salva por la profesionalidad del elenco, formado por Carlos Beluga, Julia de Castro, Conchi Espejo, Verónica Forqué, David Picazo, Paula Ruiz, Cristóbal Suárez, Jorge Suquet, José Luis Torrijo y Guillermo Weickert, que

hacen un serio trabajo bajo la batuta de la directora Carlota Ferrer. También destaca la fantástica escenografía de Mónica Boromello y la tétrica iluminación de David Picazo.



'Los cuerpos perdidos': violaciones, torturas y muerte en Ciudad Juárez

Por [José-Miguel Vila](#) / [@josemiguelvila](#)

Miércoles 7 de noviembre de 2018

'Los cuerpos perdidos', galardonada en 2009 con el premio SGAE de Teatro, es un texto de **José Manuel Mora** que ahora pone en escena **Carlota Ferrer** en el Teatro Español de Madrid. La obra está inspirada en una experiencia real del propio autor en México, a donde se acercó durante unos meses para ver en primera persona y denunciar la violencia que vivía Ciudad Juárez, una urbe de más de un millón de habitantes que, en los años 90 del siglo pasado, llegó a tener 400 casos de niñas, jóvenes y mujeres muertas, después de haber sido violadas y torturadas, y más de mil casos de mujeres desaparecidas.

El inmenso trabajo de diez estupendos actores y actrices reconstruye en escena la historia de esos feminicidios de Ciudad Juárez valiéndose, además, de música y danza, como ya hiciera **Carlota Ferrer** en *Esto no es La casa de Bernarda Alba*. Se trata de **Carlos Beluga** (el *Preso*, acusado de los crímenes de mujeres), **Julia de Castro** (descarada *Cabaretera*), **Conchi Espejo** (*Rosa*), **Verónica Forqué** (*Madre del Preso*), **David Picazo**, **Paula Ruiz** (ingenua *Silvia Elena*), **Cristóbal Suárez** (*Profesor de Física, narrador de la crónica negra de los feminicidios*), **Jorge Suquet** (*Novio de Silvia Elena y amante del narrador*), **José Luis Torrijo** (*Marcello López, profesor de Historia y judicial*) y **Guillermo Weickert** (*Juan del Valle, el decano*).

El montaje, de unas dos horas de duración, combina el teatro documental con el costumbrista, el psicológico, el surrealista y el poético. Y todo ello con desigual fortuna porque hay toda una sucesión de escenas variopintas que mezclan la narración de los hechos con baladas intimistas cantadas en inglés, junto a números de cabaret, rancheras y apuntes poéticos sobre el dolor y la muerte, combinados con retazos antropológicos y sociológicos alusivos al extendido machismo imperante en la sociedad mexicana. La puesta en escena de ese cocktail únicamente cobra el brío y la emoción que cabría esperar de un asunto tan duro y delicado de fondo, en la parte final del mismo que culmina con un canto coral de *La Llorona* de **Chavela Vargas**, de una hondura y una tristeza infinitas.

En una sencilla y neutra ambientación escenográfica de **Mónica Boromello** (grandes cortinones claros al fondo y a los lados del escenario, cortados a tiras anchas por donde los actores entran y salen de escena), el espectador ha de poner toda su imaginación en marcha para trasladarse al desierto de Ciudad Juárez, apoyado además por la ambientación sonora de **Sandra Vicente** y la luz de **David Picazo** y el vestuario de **Leandro Sánchez**.

En esta ocasión, creemos que la plástica que **Carlota Ferrer** imprime a sus montajes no ha encajado tan felizmente como en algunas de sus experiencias escenográficas anteriores -sobre todo en *Esto no es la casa de Bernarda Alba*-. La dureza de los cientos de asesinatos de mujeres que discurren en 'Los cuerpos perdidos' son motivo más que suficiente para

traspasar de dolor y de estremecimiento al espectador de principio a fin del montaje y esa circunstancia solo se produce en la media hora final.

“Los cuerpos perdidos”: investigación teatral en torno al feminicidio de Ciudad Juárez

3 noviembre 2018 | Por **Horacio Otheguy Riveira**

Una investigación teatral con texto de José Manuel Mora y puesta en escena de Carlota Ferrer, pareja artística que ha dado buenas muestras de un teatro muy personal, de búsquedas y encuentros con muy interesantes resultados, generando desconcierto, perplejidad y admiración por partes iguales (por ejemplo, [Esta no es la casa de Bernarda Alba](#)).

Los cuerpos perdidos, que acaba de estrenarse en el Teatro Español de Madrid, gira sobre el feminicidio de Ciudad Juárez, un tema de extraordinaria complejidad sobre el que se han escrito varios libros y se han hecho algunas películas, y en ningún caso se ha logrado comprender el todo el fenómeno de una violencia concentrada en esta ciudad mexicana de más de un millón de habitantes que, en los años 90 contabilizó 400 niñas y mujeres muertas, tras ser violadas, y más de mil desaparecidas. Un horror que sólo ha cesado en breves lapsos de tiempo, con una continuidad alarmante. En 2017 se denunciaron nuevas víctimas mortales y desapariciones.

En la amplia documentación existente queda reflejada la participación de gente del narcotráfico, pero también de las instituciones policiales y políticas. Una barbarie que, sin embargo, sólo destaca por su concentración geográfica, ya que la explotación sexual de menores y jóvenes tras desapariciones parciales o absolutas es un fenómeno internacional año a año en auge, con numerosos casos en países del primer y del tercer mundo, léase Francia, Estados Unidos, Honduras, Argentina... Es verdad que en el caso mexicano aparentemente no hay explotación sino puro secuestro para diversión sexual que acaba en muerte. Pero no es menos cierto que muchos otros casos se sitúan en similar contexto, como por ejemplo, Las Niñas de Alcasser, en España.



El espectáculo de dos horas titulado **Los cuerpos perdidos** toma algunos datos veraces y reconstruye otros combinando estilos escénicos: momentos y personajes costumbristas, situaciones dramáticas de teatro psicológico, melodrama elemental con jóvenes ingenuas entrando en la boca del lobo, abundante simbología que incluye travestismo y coreografías de teatro de variedades, así como elementos del teatro surrealista... Este panorama mechado de música variopinta (solos de batería, baladas en inglés, rancheras, canciones populares y coro de raro clasicismo) surge de una propuesta autoral que oscila entre las buenas intenciones y una manera muy confusa de expresar su preocupación ante tan enfermiza violencia bañada de un patológico placer sobre cuerpos indefensos. Tortura y gozo, calenturas masculinas (aquí con su dosis de parodia en un par de genitales como muñecos colgantes) y un vaivén de imágenes de muy irregular interés.

La función se torna emocionante en el tramo final, cuando una joven arrastra a un hombre agarrado a su tobillo mientras canta: “Te odio tanto que yo mismo me espanto”... También toma vuelo en el breve monólogo de un personaje de ficción inspirado en el periodista mexicano que más investigó y aportó sobre el tema (**Sergio González Rodríguez**, autor del libro [Huesos en el desierto](#), Editorial Anagrama, 2002), y en el hermoso coro de toda la compañía, réquiem gracias al cual la dispersión de intenciones se concentra en un profundo lamento.

Pero para llegar a estos puntos cruciales hay que recorrer una hora cuarenta y cinco minutos en que la representación da la sensación de ser un pensamiento en voz alta y lo que se piensa es difuso, contradictorio, pendiente de sucesión de escenas inconexas, auténtico batido de intenciones morales con otras políticas con su inefable toque de humor negro, y entre medias un muy discutible planteamiento erótico-maldito, como si esta fálica barbarie tuviera que ver “con calentarse tanto que no se puede parar”... a lo que se suma una relación homosexual de un padre de familia, con una sobrecarga de simbolismo que se me escapa en un contexto de violencia donde no parece cuadrar ningún tipo de búsqueda de placer entre seres con mínimos criterios éticos.

La producción está muy cuidada. Con una ambientación escenográfica estupenda de **Mónica Boromello**, todos los integrantes del reparto, comandados por la experiencia y el talento de **Cristóbal Suárez**, y con una breve colaboración especial, muy

acertada, de **Verónica Forqué**, atienden con rigurosa disciplina una experimentación audiovisual que desaprovecha un material de la realidad actual terrorífico en sí mismo, y por los innumerables casos en menor escala que constantemente se producen en el mundo. Exceso de ideas plásticas que dejan una penosa imagen de frivolidad, en absoluto buscada por creadores tan serios como José Manuel Mora y Carlota Ferrer.



"Los cuerpos perdidos", un viaje a la semilla del mal, en el Teatro Español

Los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez sirven como telón de fondo al dramaturgo José Manuel Mora para indagar en la relación del ser humano con el mal en "Los cuerpos perdidos", una obra dirigida por Carlota Ferrer que se estrenará el próximo jueves en el Teatro Español.

"El texto parte de los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez pero intenta ir más allá para hablar de la semilla de maldad que todos llevamos dentro y que aparece cuando transgredimos ciertos límites", ha declarado hoy Mora en la presentación del espectáculo, a la que también ha acudido Ferrer, la directora del Teatro Español, Carme Portaceli, y el elenco de actores.

La obra, que entrelaza texto con danza y música, es, como señala el autor de la obra, "una montaña rusa emocional", que sitúa al espectador en Ciudad Juárez (México), en los años 90, cuando estaba considerada una de las ciudades más peligrosas del mundo y existía libertad para violar, torturar y matar, "especialmente a las personas mas vulnerables, como eran las mujeres", ha explicado Mora.

La obra fue escrita hace diez años y está inspirada en una experiencia real del propio autor en México, que tuvo acceso a todo el material de Amnistía Internacional sobre este tema y que leyó la crónica social de Sergio Hernández "Huesos en el desierto", un texto que recogía "un análisis exhaustivo de la dimensión antropológica, social, económica de la situación de las mujeres y la violencia".

Sin embargo, la génesis de la obra surgió cuando Mora escuchó en México una ranchera que instaba directamente a los hombres a matar a las mujeres: "Fue entonces cuando me di cuenta de la cantidad de subcapas y de niveles y de hasta qué punto esa violencia había permeado en todos los estratos de la sociedad", asegura.

El dramaturgo decidió entonces escribir el drama desde el punto de vista de un turista, "desde la visión que tiene alguien que viene de fuera", para después narrar el viaje que sufre alguien que "para sentirse aceptado comienza a formar parte del sistema corrupto".

"¿Hasta qué punto todos nosotros no formamos parte de alguna manera de unos crímenes que se sirven de la situación de extrema fragilidad en la que se ven envueltas muchas mujeres que trabajan en fábricas de electrodomésticos en tanto y cuanto nosotros consumimos ese producto que fabrican y de alguna manera nos apropiamos también de sus dolor y fragilidad?", se pregunta el autor del texto.

Precisamente de eso habla "Los cuerpos perdidos", de "cómo el hombre se apropia del miedo y la necesidad del débil para contribuir a su propio beneficio", añade Mora, que asegura que "para que unos cuerpos disfruten, otros tienen que desaparecer y ser transformados en objeto".

La obra, galardonada en 2009 con el premio SGAE, cuenta con Carlos Beluga, Julia de Castro, Conchi Espejo, Verónica Forqué, David Picazo, Paula Ruiz, Cristóbal Suárez, Jorge Suquet, José Luis Torrijo y Guillermo Weickert, un elenco que baila e interpreta música en directo, dirigido por Ferrer, que asegura que "la música y la danza son herramientas expresivas que conviven y que no se pueden separar del texto".

Ferrer ha destacado la paradoja que existe entre "el colorido vestuario y la música viva", propia de México y de zonas "más subdesarrolladas" con la dureza del texto y de la obra, que define como "una pesadilla", en la que "el público verá cómo los seres humanos nos sentimos atraídos por el mal, que está en todos nosotros".

Por su parte, Verónica Forqué, que interpreta a la madre de uno de los "presuntos asesinos de mujeres", ha expresado su "agradecimiento" y su "ilusión" por participar en un proyecto "en el que todo es nuevo" y ha tenido que aprender a hacerlo "todo".

José Carlos Rodríguez



≡ EL PAÍS

De pie, Guillermo Weickert, izquierda, y Cristóbal Suárez.
En el suelo, Julia de Castro, durante un ensayo de 'Los cuerpos perdidos'. Álvaro García

Lamento poético en el horror de Ciudad Juárez

'Los cuerpos perdidos', de Carlota Ferrer y José Manuel Mora, explora en los límites de la moral y la relación del ser humano con el mal *Rocío García* · Madrid 25 OCT 2018

"Si quieres disfrutar de sus placeres/ Consigue una pistola si es que quieres/ O cómprate una daga si prefieres/ Y vuélvete asesino de mujeres/ Mátalas". [José Manuel Mora](#) se quedó estupefacto cuando escuchó entonar esta ranchera, en la plaza Garibaldi, de México capital, después de una jornada con mujeres que luchan por sacar a la luz toda la tragedia de asesinatos impunes y aterradoras mafias que sacuden la vida en [Ciudad Juárez](#). Fue el detonante para abordar en la ficción la realidad de la violencia que sufre desde hace años esa población del norte mexicano, la convivencia del horror y la fiesta. *Los cuerpos perdidos*, escrito por José Manuel Mora (Sevilla, 1978) y dirigido por [Carlota Ferrer](#) (Madrid 1977), llega a los escenarios del [Teatro Español, de Madrid](#), -del 1 al 25 de noviembre- con un elenco de diez actores, entre los que figuran [Verónica Forqué](#), Cristóbal Suárez o José Luis Torrijo, que dan vida a una galería de 16 personajes.

Han tenido que pasar diez años desde que fuera escrita para que *Los cuerpos perdidos*, premio SGAE de Teatro en 2009, se abriera un hueco en los escenarios teatrales. En este tiempo, el texto se ha conocido a través de unas cuantas lecturas dramatizadas, en Madrid, Brasil y Chile. El lamento poético que surge del horror de Ciudad Juárez, junto a la música en directo, tocada y cantada por los propios actores, y una presencia poderosa de la fisicidad y la danza, hacen de *Los cuerpos perdidos* una obra con un punto operístico que supone todo un viaje por los vericuetos del mal.

Es un México el que retrata *Los cuerpos perdidos* de cabezas cortadas, mujeres violadas y narcos que campan a sus anchas. Pero también un país que busca en la fiesta y la música un bálsamo sanador. Todo aquello con lo que se topó José Manuel Mora cuando hace 10 años viajó al país norteamericano decidido a investigar y escribir un texto escénico. "Cuando vi la realidad, accedí a los informes de Amnistía Internacional y leí el libro *Huesos en el desierto*, del periodista Sergio González, solo la idea de teatralizar ese relato me pareció tarea imposible", asegura Mora desde Valladolid, donde ejerce de profesor. Solo cuando escuchó la escalofriante letra de la ranchera *Mátalas*, en medio de una normalidad absoluta, tomó la decisión de centrar el relato en un turista como él que se enfrenta a una realidad desconocida y misteriosa.

"Gracias a mi distancia como turista, me di cuenta del nivel de violencia cultural y social que permea por los estratos de la sociedad a todos los niveles y me puse, no con cierto pudor, en el papel de un personaje que empieza a observar ese mundo con horror pero que termina entrando en él y formando parte del entramado criminal", añade Mora. Y sobre ese personaje, un profesor español que va a alfabetizar a la zona de Ciudad Juárez, un alter ego del propio autor, es sobre el que pivota todo el relato. Este profesor se va encontrando con una galería de personajes involucrados de manera directa o indirecta con el crimen.

Para Carlota Ferrer, que forma con Mora un sólido tándem teatral, es precisamente la indagación en torno al mal y los límites morales que se exploran en la obra lo que más le atraía de este proyecto largamente perseguido. En un descanso del ensayo celebrado el pasado martes en los sótanos del Teatro Español, la directora asegura que, más allá de dar visibilidad a la impunidad y complicidad ante los crímenes de Ciudad Juárez, la obra nos sitúa como cómplices del silencio ante cualquier barbarie. "La maldad es intrínseca al ser humano. La obra nos obliga a mirar en la maldad interior de cada uno de nosotros, aunque no cometamos crímenes. Todos en una situación de precariedad y peligro podemos situarnos en el lado del mal. Estamos ante una pesadilla que puede ser más que real", se lamenta Ferrer.

Es *Los cuerpos perdidos* una obra poética de destino trágico, de búsqueda del amor y de necesidad de salvar al otro, que transcurre íntegra ante la apabullante presencia y el paisaje poderoso del desierto. La escenografía de la obra representa ese gran desierto -"el desierto es lo único que nos sobrevivirá", dice uno de los personajes- que recuerda también a la piel humana, que contrasta con un vestuario, confeccionado todo a mano, nada realista, muy pictórico y rico en colores. "Siento que estamos

ante una pesadilla, con todas las pinceladas del sentido sagrado y el humor negro de la sociedad mexicana, que les hace sobrevivir a la barbarie", asegura Carlota Ferrer, directora de la función.

jueves 01 noviembre 2018
10:08
Actualizado

LA RAZÓN 20

Teatro

Aquí no se cortan cabezas... o sí

Carlota Ferrer dirige en el Español «Los cuerpos perdidos», el texto de José Manuel Mora en el que aborda la violencia en Ciudad Juárez.

Los diez actores de «Los cuerpos perdidos» se desdoblaron durante la función hasta desempeñar 17 personajes

J. Herrero . Madrid.

Siguiendo con la tradición literaria de Sergio González Rodríguez en «Huesos en el desierto» y de Roberto Bolaños en «2666», José Manuel Mora compuso en 2009 su propio retrato de la violencia en México. Becado por el programa Iberescena, el autor se metió a «husmear», cuenta, en un lugar en el que «un buen amigo me decía que en su país podías hacer lo que realmente quisieras siempre y cuando dispusieras del dinero suficiente», presenta. Y allí que se fue. Cuando, ya con la idea de levantar un texto teatral, llegó a Guadalajara (México), el conductor que le llevaba del aeropuerto al hotel removi6 al dramaturgo con su frase: «No se preocupe que aquí no le cortamos la cabeza a nadie». Hasta entonces, dice Mora, no estaba preocupado, «solo agotado por el largo viaje», pero aquellas palabras retumbaban dentro de un coche que transitaba, a medianoche, por una carretera solitaria. Pronto «el chófer se dio cuenta de que comentarios como aquél no eran, precisamente, la mejor manera de fomentar el turismo en el Estado de Jalisco –continúa–, así que procedió a explicarse». La inoportuna frase hacía referencia a una matanza en los alrededores de Ciudad Juárez cuyas recientes imágenes habían dado la vuelta al mundo, y que se había completado con la decapitación de un grupo de narcos. «Pero ya le digo que no tiene de qué preocuparse», insistió el hombre: «Ciudad Juárez está muy lejos de aquí». Pero no respiró tranquilo hasta que «puse un pie en el hotel», celebró Mora. «Confieso, también, que volví a acordarme de aquel conductor bastante más tarde, estando en España, tras leer que la policía mexicana había encontrado cuatro cabezas humanas... al sur de Guadalajara».

El mal supremo

«Comprendí que, más allá del complejo análisis de los parámetros sociales, económicos e históricos que determinaban las causas de tales brutalidades, Ciudad Juárez se abrió a mis ojos como una auténtica dimensión desconocida que me permitía conjeturar sobre la relación del ser humano con el mal supremo, con todo lo que no se deja entrever desde la razón. No pude pasar por alto la siguiente cuestión: ¿hasta qué punto era legítimo usar la barbarie y el dolor ajeno como material de creación?». Se resistía a hacer una obra documental ante la elocuencia del horror que desprendían los informes de Amnistía Internacional y la lúcida crónica de Sergio González Rodríguez en «Huesos en el desierto». «Poco tenía que ofrecer mi escritura», pensó.

Sin embargo, de toda esa experiencia salió «Los cuerpos perdidos», premio SGAE de Teatro que, quitando varias lecturas dramatizadas en Madrid y Suramérica, había obviado los escenarios hasta ahora, cuando el Español lo programa –del 1 al 25 de noviembre– de la mano de Carlota Ferrer. La misma que levantó esa primera lectura: «Casi hago un montaje completo con diez actores y un piano», recuerda la directora, «pero era imposible de moverlo sin el apoyo de alguna institución». Ferrer confiesa haberse propuesto «no repetir nada de lo que hicimos», salvo el texto de Mora. El bosquejo de unos acontecimientos que el autor utiliza para hablar del ser humano y de la asimilación del terror en la sociedad mexicana: «Con ese episodio empecé a darle vueltas a la idea de sentirse cómplice de la violencia. Todos estamos en riesgo de ello con nuestro silencio, ya sea por miedo o por interés. Ser conscientes de que el mal habita en nosotros y de que nuestro deber es domarlo», comenta la directora.

En el centro de la trama un profesor español que hace de «alter ego» del autor –también maestro–. Protagonista que se sumerge, de pronto, en las mafias de la droga y descubre que de verdad le gusta esa vida, que la violencia es una parte tenebrosa de su yo más íntimo en Ciudad Juárez. Una urbe en la que había libertad para violar, torturar y matar y donde los policías encubrían a los asesinos y maquinaban falsos culpables; paraíso de la impunidad «para aquellos que flirteaban con las altas esferas del poder o poseían cierto nivel adquisitivo», añade Mora, «que les permitía comprar cualquier tipo de experiencia de cariz sexual». Dolor que Mora y Ferrer cuentan al ritmo de una música tocada y cantada en directo por sus diez protagonistas (Verónica Forqué, Cristóbal Suárez...) para dar ese punto festivo en el que México parece enterrar todas sus desdichas.

<https://www.larazon.es/cultura/teatro/aqui-no-se-cortan-cabezas-o-si-PH20278326>

Ciudad Juárez, la elocuencia del mal José Manuel Mora y Carlota Ferrer llevan al Teatro Español
***Los cuerpos perdidos*, que parte de los numerosos asesinatos de mujeres cometidos en la urbe mexicana**

JAVIER LÓPEZ REJAS



Verónica Forqué en *Los cuerpos perdidos*, de José Manuel Mora. Foto: Sergio Parra

José Manuel Mora y Carlota Ferrer jamás soñaron que podrían escribir una de las páginas más brillantes de la historia de nuestro teatro cuando, en 2009, hacían lecturas dramatizadas de *Los cuerpos perdidos* por los pasillos de la universidad, un texto fruto del programa Iberescena y reconocido con el XVIII Premio SGAE que **parte de los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez iniciados en 1993**. Por su fuerza, por su indagación sobre el “mal supremo”, no tardaría en subir a un escenario. De una manera muy tímida, durante dos jornadas, lo acogería en 2011 la sala Triángulo con un elenco estelar (hoy) encabezado por Manolo Solo, Irene Escolar, Fernando Soto, José Luis Alcobendas, Nando González y Carmen del Valle, entre otros. De aquella chispa surgirían éxitos como *La melancolía de King Kong* (2011) y *Los nadadores nocturnos* (2015), ambos en La Abadía.

Este **1 de noviembre** *Los cuerpos perdidos* vuelve a hacerse realidad en las tablas del **Teatro Español** con el mismo tándem fundacional pero con otro elenco, esta vez integrado por Verónica Forqué, Carlos Beluga, Julia Castro, Conchi Espejo, David Picazo, Paula Ruiz, Cristóbal Suárez, Jorge Suquet, José Luis Torrijo y Guillermo Weickert. “Esta apuesta es absolutamente nueva -explica la directora a El Cultural-. Los actores también, que bailan, cantan y tocan un instrumento. Todo al servicio de una puesta en escena con una factura plástica inconcebible la primera vez. Ahora, gracias a la producción del Teatro Español, **hemos podido hacer realidad esta ‘pesadilla del mal’ con una factura impecable**”.

Un elenco polifacético interpreta *Los cuerpos perdidos*.

Para Ferrer, que destaca en esta “factura” el original vestuario del diseñador de moda Leandro Cano, el montaje tiene ecos de otros que ha realizado junto a Mora, principalmente *Los nadadores nocturnos*, por la manera de contar la historia, y de *Esto no es la Casa de Bernarda Alba* (que llevarán en febrero al Festival de Reims), por su búsqueda personal de aplicar elementos del arte contemporáneo a la escena. “El resultado fusiona los sueños de los personajes, formando una realidad crudísima y esencial. **Es una creación donde teatro, danza y música resultan inseparables**”. Mora, que tomó como referencia el libro *Huesos en el desierto* (Anagrama), de Sergio González Rodríguez, nos lanza varios interrogantes: ¿Quiénes son peores, los que ejecutan la acción o los cómplices que callan dejando que el mal siga su camino impunemente? **¿Se puede usar la barbarie y el dolor ajeno como material de creación?** “He tenido la suerte de ver la pieza en Brasil y Chile gracias al programa de apoyo a la dramaturgia de AC/E pero nunca había sentido lo que he vivido estos días en los ensayos del Español: **un pudor abrumador al escuchar a los actores pronunciar estas palabras**”, explica el autor, que reconoce en esta indagación sobre la “elocuencia del horror” haber escrito a corazón abierto y sin ninguna cortapisa moral. “Hoy no hubiese sido capaz de escribirlo”, sentencia. Ferrer, que prepara también junto a Mora *El último rinoceronte blanco*, basado en *El pequeño Eyolf*, de Ibsen, considera que “en lugares así, donde la lucha de clases es salvaje y donde casi todo se compra, las mujeres siempre estarán desprotegidas y sin futuro”.

Del 1 al 25 de noviembre El Teatro Español acoge 'Los cuerpos perdidos'

La directora artística del Teatro Español, Carme Portaceli, ha presentado el espectáculo 'Los cuerpos perdidos', una producción propia dirigida por Carlota Ferrer y escrita por José Manuel Mora, que podrá verse en la Sala Principal de este centro del 1 al 25 de noviembre.



En la pieza, el texto se acompaña con danza y música interpretadas en directo por un elenco de diez actores y actrices: Carlos Beluga, Julia de Castro, Conchi Espejo, Verónica Forqué, David Picazo, Paula Ruiz, Cristóbal Suárez, Jorge Suquet, José Luis Torrijo y Guillermo Weickert.

El escritor de la obra ha declarado que, en cuanto comenzó a "husmear en el asunto", comprendió que, "más allá del complejo análisis de los parámetros sociales, económicos e históricos que determinaban las causas de tales brutalidades, Ciudad Juárez suponía una auténtica dimensión desconocida" que le permitió como dramaturgo "conjeturar sobre la relación del ser humano con el mal supremo, con todo lo que no se deja entrever desde la razón".

CLASE MAGISTRAL Y ENCUENTRO CON EL PÚBLICO

Por otra parte, el 7 noviembre a las 19 horas, tendrá lugar una clase magistral sobre el proceso de escritura y de creación actoral. En ella, José Manuel Mora hablará del proceso de creación del texto y los actores Cristóbal Suárez y Guillermo Weickert de su trabajo sobre el mismo bajo la dirección de Carlota Ferrer.

El encuentro con el público será el próximo 14 de noviembre tras la representación. La entrada es gratuita hasta completar aforo para todo el público interesado y estará moderado y presentado por Almudena Grandes.

Dentro del acuerdo de colaboración con la Filmoteca Española, el 13 de noviembre, a las 17.30 horas, se proyectará 'La cinta blanca' de Michael Haneke, con la presencia de José Manuel Mora, Carlos Beluga, Julia de Castro, Conchi Espejo, Verónica Forqué, Paula Ruiz, Cristóbal Suárez, Jorge Suquet y Guillermo Weickert. Además, se llevará a cabo un sorteo entre el público asistente de dos entradas para una de las funciones de Los cuerpos perdidos.

Carlota Ferrer dirige 'Los cuerpos perdidos' de José Manuel Mora

31 OCTUBRE 2018



El Teatro Español estrena 'Los cuerpos perdidos', obra escrita por José Manuel Mora y dirigida por Carlota Ferrer que podrá verse en el mencionado teatro madrileño del 1 al 25 de noviembre.

'Los cuerpos perdidos' transcurren en Ciudad Juárez (México), en los años 90 del siglo pasado, cuando era una de las ciudades del mundo más peligrosas para las mujeres. En la pieza, el texto se acompaña con danza y música interpretadas en directo por un elenco de diez actores y actrices: Carlos Beluga, Julia de Castro, Conchi Espejo, Verónica Forqué, David Picazo, Paula Ruiz, Cristóbal Suárez, Jorge Suquet, José Luis Torrijo y Guillermo Weickert.

La obra, escrita hace diez años y galardonada en 2009 con el premio SGAE de Teatro, se inspira en una experiencia real del propio autor en Ciudad de México. Mora, quiso unir dos conceptos: dolor y memoria, y denunciar la violencia que vivía la zona norte del país.

En la década de los 90, Ciudad Juárez llegó a convertirse en un lugar donde había libertad para violar, torturar y matar. Una urbe en la que los policías encubrían a los asesinos y maquinaban falsos culpables, mientras el Gobierno del país parecía cerrar los ojos. Según datos de Amnistía Internacional, la ciudad tenía una de las tasas de impunidad más elevadas del planeta con respecto al asesinato de mujeres.

José Manuel Mora declara que, en cuanto comenzó a “husmear en el asunto”, comprendió que, “más allá del complejo análisis de los parámetros sociales, económicos e históricos que determinaban las causas de tales brutalidades, Ciudad Juárez suponía una auténtica dimensión desconocida” que le permitió como dramaturgo “conjeturar sobre la relación del ser humano con el mal supremo, con todo lo que no se deja entrever desde la razón”.

Carlota Ferrer y José Manuel Mora han trabajado juntos en otros montajes como 'Los nadadores nocturnos', que obtuvo el Premio Max por Espectáculo Revelación 2015, Premio Ojo crítico de Teatro el mismo año y primer Premio Certamen de Directoras de Escena de Torrejón de Ardoz.



rtve

Una escena de 'Los cuerpos perdidos' con vestuario de Leandro Cano.

Leandro Cano viste 'Los cuerpos perdidos' 06.11.2018 | Por **RAFAEL MUÑOZ**(@munoz_rafa)

Sus desfiles huyen de lo convencional y desafían lo establecido para buscar otras formas de expresión. **Su tijera rompe barreras** y su talento se adentra en espacios infinitos en los que el arte se declina en diferentes formatos.

Leandro Cano es más que un modisto. Es un artista. Hablamos de un creador que posee un universo complejo en el que se maneja movido por sus emociones, sentimientos, pasiones... Un universo que muestra y comparte cada temporada a través de una colección artística de la que derivan otras más sencillas pero igual de interesantes.

Bocetos de Leandro Cano para 'Los cuerpos perdidos'.

Ahora el destino le ha llevado al escenario del Teatro Español y **firma el vestuario de [Los cuerpos perdidos](#) dirigida por Carlota Ferrer**, un texto, intenso y dramático, que pone el foco de atención en los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez (México). “La obra era tan dura que al principio no quería leerla y además tampoco quería meterme en los personajes, pero terminé haciéndolo. **Me ha gustado mucho hacer este trabajo, pero era algo especial y algo difícil**, por eso me llamaron ya que querían algo arriesgado”, dice. “Además Carlota me ha dejado mucha libertad y sin quererlo han salido prendas que tienen guindas de mis colecciones anteriores. ¡Este vestuario es muy yo!”.

Diseño y boceto de Leandro Cano.

Ha hecho a medida los trajes de diecisiete personajes y además algunas prendas de acompañamiento. Un trabajo que ha sido muy satisfactorio por varios motivos, entre ellos el hacer ropa para hombre. “**Es la primera vez que hago prendas para chico y me ha encantado**, ison prendas que me pondría yo!”, cuenta. “¡Creo que me voy a animar a hacer ropa para hombre!”.

El texto se plasma en las prendas a través del estampado.

'Los cuerpos perdidos' llegan al Teatro Español.

Ese mundo de la artesanía y las tradiciones en el que tan bien se maneja Cano presta sus códigos ahora a prendas únicas que visten una historia de miedos, dominación, fragilidad y dolor. **Cano tenía que vestir a cada uno de los personajes de forma independiente pero sin querer al final todos los trajes tienen un hilo conductor.** “Sí, el color. Carlota quería prendas en tonos nude y piel pero pensé que había que introducir colorido, y después pensé en estampados. Al final, el lenguaje del estampado relaciona unos personajes con otros”.

Verónica Forqué con un diseño de Leandro Cano.

Pero detrás de cada uno hay una actriz o un actor. Y algunos tan conocidos como **Verónica Forqué**, ganadora de cuatro premios Goya. “El primer día es muy chocante pero se han portado muy bien conmigo. Estoy feliz, ellos han estado muy dispuestos a colaborar. **¡El teatro no tiene nada que ver con el mundo de la moda!**”.

Es un perfeccionista y la primera vez que vio la obra estuvo pendiente de cada detalle, de cómo estaba abrochado un vestido o atado un zapato. “Son cosas que solo nosotros vemos pero luego **cuando salen todos juntos a saludar se olvida todo y te quedas con ese momento de grandiosidad**”, añade.

La intensidad del color es el hilo conductor.

Y mientras ha ido tejido y dado forma a la que será su próxima colección. Todavía no sabe cuándo la presentará, ni dónde, ni en qué formato. Cano experimenta, apuesta siempre y gana. **[Su último trabajo, expuesto de forma tetral y casi mística](#)**, resultó fascinante. Pero para enero de 2019, cuando se celebre la **[Madrid Fashion Week](#)**, todavía no sabe si presentará su colección más artística o alguna más comercial que se derive de ella.

Lo que sí sabe son dos cosas. “Habrá mucho punto”, dice y **destaca su segunda nominación al prestigioso Internacional Woolmark Prize.** Otra cosa que tiene clara es sus ganas de salir fuera. “Me apetece hacer algo más internacional”.



El diseñador jienense, Leandro Cano. / Ideal

El diseñador se estrena haciendo el vestuario de una obra de teatro para el Teatro Español de Madrid

MARILÓ NIETO Alcalá la Real Domingo, 4 noviembre 2018, 13:35 0

«Algo nuevo pero muy guay». Así definió el diseñador Leandro Cano su nueva aventura. En esta ocasión, el creador jienense se atreve con una disciplina aún desconocida para él: diseño de vestuario. Se estrena con la obra «Los cuerpos perdidos», una creación de teatro-danza y música producida por el Teatro Español de Madrid y que se estrenó el día 1 de Noviembre.

«Me llamó Carlota Ferrer, la directora de la obra, más o menos sobre julio y me dijo que tenía una propuesta para hacerme. Cuando me dijo de qué se trabajo también me comentó que era una obra complicada de entender, que era bastante oscura pero que había pensado en mí para hacerlo» relató Leandro Cano. Desde entonces él y su equipo se pusieron a trabajar en la que considera «una de las cosas más guays que he hecho en mi vida».

VESTUARIO

Leandro Cano ha realizado un total de 16 diseños que reflejan la cruzada y el desgarrador argumento de la obra, que fue ganadora de XVIII Premio SGAE de Teatro en 2009. En cuanto al proceso creativo de cada pieza, donde hay tanto vestuario como máscaras, el diseñador aseguró que ha resultado ser «un trabajo muy personal porque tienes que adaptarte a cada persona y al mundo interior que ese personaje tiene dentro de sí y adaptarlo a la prenda»

Como adelanto, la violación, tortura o muerte están representados a través de los ojos del diseñador como volúmenes, estampados u ornamentaciones. También las piezas tejidas en punto tendrá un especial protagonismo, como en algunas de sus colecciones. Y aunque, no podía comparar el trabajo de sus colecciones con lo que ha supuesto esta primera toma de contacto con el diseño de vestuario, el diseñador lo tiene claro ya que considera que « nada es fácil pero obviamente puedo decir que ha sido un trabajo muy enriquecedor».

Pero Cano no sólo se estrena como responsable de vestuario de una obra sino que, además, también lo hace en el diseño de prendas masculinas. «Es la primera vez que hacemos vestuario masculino y la verdad es que nos ha encantado y nos planteamos la posibilidad de hacer algo más» destacó el diseñador. Y es que pocas cosas cortan las alas de Leandro Cano.

VUELTA A CASA

A pesar de ser uno de los diseñadores españoles más reconocidos dentro y fuera de nuestro país, Leandro dice encontrar su refugio en las Ventas del Carrizal, su pueblo natal. Allí vuelve, no sólo para desconectar sino también por temas laborales y es que, la aldea ha sido el escenario de su última sesión de fotos con la colección «Corrida» y de la que se ha hecho eco la prensa especializada. «Me apetecía mucho que fuera en mi pueblo y nos trajimos al elenco de actores, modelos, fotógrafos y maquilladores. Estuvimos durante cinco días trabajando y genial» comentó el diseñador.

«Al final la vida es yo te doy y tú me das» reflexionó el diseñador sobre su trayectoria profesional. Un camino marcado por el trabajo constante y amor hacia su profesión y el trabajo artesanal y de creatividad que hay tras ella. Además de los reconocimientos que ha recibido como el premio Who's on Next otorgado por Vogue España el pasado año, el diseñador mostró su agradecimiento a la implicación de otras instituciones como la Diputación de Jaén que lo apoyan y arropan en esta proyección de su marca.

Nunca has visto un vestuario como este: Leandro Cano para el Teatro Español

El diseñador, ganador de Vogue Who's On Next 2017, ha elaborado el vestuario de 'Los Cuerpos Perdidos', demostrando la profunda unión entre moda, teatro, danza y actualidad

25 de octubre de 2018

[María José Pérez Méndez](#)

Son innumerables los actores que conocen **el poder de la ropa y la caracterización** para terminar de construir un personaje. Se sabe de manera tan visceral que la sensación se traslada al público y, de hecho, puede llegar a crear momentos icónicos. Carrie Bradshaw no sería lo mismo sin sus *Manolos*, Holly Golightly no habría tenido un desayuno tan singular sin su Givenchy negro. Y así, hasta el infinito. Pero **cuando la moda tiene que ir un paso más allá y trasladar a tela un clima sociocultural**, la cosa se complica. Pocos son capaces de realizar tal hazaña, pero uno de ellos es, sin duda, [Leandro Cano](#): el diseñador se ha encargado de elaborar el vestuario de *Los Cuerpos Perdidos*, una creación de teatro-danza y música producida por el Teatro Español de Madrid.



El jiennense lleva años demostrando que utilizar la moda como medio de expresión es uno de sus fuertes, talento que [le granjeó el galardón Vogue Who's On Next 2017](#). En esa edición, la delicadeza pasional de Cano cautivó a un jurado entre los que se encontraban los internacionales Alber Elbaz y Suzy Menkes, cuyo reconocimiento tiene un peso indiscutible en la industria. Con volúmenes monumentales y una buena presencia del **color rojo** y **atención a sus raíces**, **Leandro se ha convertido en una de las personalidades más relevantes en el panorama del diseño español**, título que parece revalidar con este **nuevo reto que ha afrontado como un honor**: esto no se trata de una colección más, sino de traducir en piezas **algo tan complejo y dramático como la violencia ejercida sobre las mujeres**.

El argumento de la obra es una **denuncia de los asesinatos femeninos de Ciudad Juárez**, un grito ante el feminicidio incesante **dirigido por Carlota Ferrer** e interpretado, entre otros, por Verónica Forqué, Julia de Castro, Conchi Espejo, Paula Ruiz, David Picazo, Cristóbal Suárez, José Luis Torrijo, Jorge Suñet, Carlos Beluga y Guillermo Weickert. Elenco que se enfundará en **esas piezas que tienen tanto de Leandro como de Los Cuerpos Perdidos**.

Como en el resto de sus trabajos, **el punto** va a tener una importante presencia en los 16 diseños que ha pergeñado para cobrar vida en el escenario: no son simples ropas, sino una parte fundamental de la escenografía y plasmación de un argumento desgarrador. **El material se retorcerá y ornamentará** para jugar con **proporciones escultóricas** y, además, convertirse en **máscaras de luchador tejidas a mano**, que ocultarán el rostro y la culpa de algunos de los personajes.

Hay colorido, hay rostros y formas de cruces en vestidos, faldas y tops, pero también las **primeras prendas masculinas reconocidas del diseñador**, quien hasta ahora se había atendido a las piezas eminentemente femeninas. Además, merece la pena prestar atención a las **aplicaciones en 3D** de algunos de las túnicas y chaquetas, así como a los tocados que lucirán algunos de los actores y actrices en escena.

La cita queda marcada para el día **1 de noviembre, estreno de Los Cuerpos Perdidos**. Y no, no hay un plan más inspirador que este.

Introducción al texto publicado

Antonio Rojano - Madrid, 23 de mayo de 2014

Editado por la Colección Teatro Autor (Fundación Autor de la SGAE)

EL DESIERTO ES LO ÚNICO QUE NOS SOBREVIVIRÁ

Conocí a José Manuel Mora una tarde de noviembre de 2012. Invitados por Guillermo Heras a la Muestra de Autores Contemporáneos de Alicante, participábamos en una mesa redonda sobre el devenir de lo que algunos llaman dramaturgia emergente. El encuentro, a su manera, fue singular. Había leído alguna de sus obras anteriores, propuestas poéticas, de riesgo formal y escritura exigente, pero en ese instante —ahora puedo admitir— desconocía sus textos más ambiciosos. José Manuel y yo compartimos origen: Andalucía. Él nació en Sevilla. Yo, a un centenar de kilómetros de allí, en Córdoba. Pertenecemos a una misma generación y digamos que nuestra percepción del mundo se armó a través de referentes muy similares. Durante una de las comidas de aquel encuentro, en las que hablábamos de cualquier tema menos de teatro, le expuse la siguiente pregunta: "¿De qué manera influye ser andaluz en tu escritura?" Una vez lanzado el dardo, sentí cierto ridículo al proponer dicha cuestión. Como si la Gran Obra Teatral Andaluza se pudiera equiparar de algún modo con la Gran Novela Americana. Como si se tratara de un género en sí mismo, una iglesia de la que García Lorca fuera uno de sus arcángeles. "En nada", respondió.

Admito que fue poco después cuando leí *Los cuerpos perdidos* y entendí su respuesta. Mora no es un autor que se pueda adscribir a un espacio coloreado en un mapa, su escritura excede las fronteras. Él escribe para su época, pero también para el pasado y el futuro. Es, lo que llaman los críticos cuando citan una novela de Tolstói o una pieza de Strindberg, un autor universal. Su ambición es poco habitual dentro del género dramático, donde tendemos a conformarnos con lo representable antes que con lo perdurable. Su interés por el ser humano y los grandes temas de la literatura estaban ahí, entre esas páginas. Yo sentía cierta culpabilidad. Habían pasado tres años desde que se alzó con el Premio SGAE de Teatro (2009) y había tardado demasiado tiempo en descubrirlo. A día de hoy, tras varias relecturas de la obra, creo que soy poco generoso —por aquello de las fronteras— si concibo este texto sólo como una de las obras fundamentales de la dramaturgia española en este siglo XXI. Creo que es mucho más que eso.

Desde Poe a Bolaño, muertos homenajeados por el autor de la obra que están por leer, muchos han intentado apresar la naturaleza del mal en sus escritos. Los crímenes sin resolver de Ciudad Juárez son un claro ejemplo de esta oscuridad que atenaza a los hombres. "Para que algunos cuerpos disfruten otros han de desaparecer", escribe Mora. La oscuridad es como el ácido que brota de las lágrimas de un cadáver en el desierto, dispuesta a corroerlo todo, a absorberlo todo, como un agujero negro. También a la luz, por supuesto. Adentrarse en *Los cuerpos perdidos* es abrir una ventana de par en par y encontrarse un desierto cuyo sol vengativo y crepuscular nos ciega. Pero no se trata de un desierto cualquiera, sino un desierto que sepulta centenares de crímenes y sus respectivos expedientes policiales. Un desierto que nos sobrevivirá. Un desierto en silencio. Jamás sabremos nada. O al menos, nada más allá que imaginar relatos en los que jóvenes hermosas sueñan con el diablo. Esa ha sido y será siempre la historia más antigua de los hombres, una lucha feroz y a muerte, la guerra de la luz contra la oscuridad.

CABEZAS CORTADAS



En Guadalajara de Méjico, el conductor que me llevaba desde el aeropuerto hasta mi hotel dijo, de sopetón: *“No se preocupe; aquí no le cortamos las cabezas a la gente”*. Juro que hasta entonces no estaba preocupado, sino tan sólo agotado por el largo viaje en avión, pero aquellas palabras pronunciadas en una carretera solitaria y cerca de la medianoche me hicieron dar un brinco en el asiento.

El conductor se dio cuenta enseguida de que comentarios como aquél no eran, precisamente, la mejor manera de fomentar el turismo en el Estado de Jalisco, así que procedió a explicarse de inmediato: su frase extemporánea aludía a una matanza reciente en los alrededores de Ciudad Juárez, cuyas imágenes habían dado la vuelta al mundo, y que se había completado con la decapitación de un grupo de narcos. La idea de Méjico como país atrocemente violento había afectado muy negativamente a la industria turística. *“Pero ya le digo que no tiene de qué preocuparse”*, insistió el hombre. *“Ciudad Juárez está muy lejos de aquí”*. Confieso que respiré cuando por fin pude poner pie en mi hotel. Confieso, también, que volví a acordarme de aquel conductor bastante más tarde, estando en España, tras leer que la policía mejicana había encontrado cuatro cabezas humanas... al sur de Guadalajara.

La anécdota viene a cuento porque la obra que aquí presentamos, *Los cuerpos perdidos*, de José Manuel Mora, sucede en ese Méjico de las cabezas cortadas que es muy distinto al Méjico revolucionario, al de las playas luminosas con audaces clavadistas, o al de las películas de Dolores del Río y María Félix. El país del narco y de las mujeres torturadas, ejecutadas con un tiro en la nuca, desaparecidas en medio del desierto y reconvertidas en espectros cansados. Lo que se cuenta en el texto es un viaje horripilante a través de una violencia de la que tenemos constante noticia por los medios de comunicación; pero con una particularidad inesperada: el autor se convierte a sí mismo en personaje, en un dudoso protagonista que, visitando la universidad de Ciudad Juárez, se ve de pronto sumergido en el ámbito de las mafias de la droga y descubre que le gusta esa vida; que la violencia forma parte gozosa y perversa de su yo más íntimo.

La historia, además, está contada con un sentido del humor tenebroso y despiadado que desarma por completo al lector. El mecanismo impide la aséptica santurronería con la que suelen tratarse estos temas: porque el autor/personaje no es un testigo inocente e imparcial de las maldades de otros, sino un monstruo más en una galería de horrores difíciles de digerir pero que no podemos evitar porque están ahí y se niegan a ser excluidos de nuestra percepción. *Los cuerpos perdidos*, pues, no es una obra para espíritus medrosos: sorprende, repugna, fascina por su manera de entrar sin anestésicos en lo más terrible del mundo en que vivimos, un mundo que es Méjico y es más que Méjico. Se trata, también, de uno de los textos mayores e imprescindibles de una dramaturgia española contemporánea que se pasa el día mirando hacia fuera sin darse cuenta de que contiene en su corazón piezas magistrales como ésta.